

DÍA A DÍA

El dolor

Es un misterio. Tal vez no para biología o la medicina (o las neurociencias), pero sí para el alma humana y su existencia. Para sus emociones y el sentido de vida; para el amor entre los seres queridos... ¿Por qué existe el dolor? ¿Para qué sirve? Muchos escritores y filósofos se han planteado el dilema. Dostoievski, por ejemplo. En su caso, la cuestión aparece de forma aún más dura: ¿por qué sufren los niños, los inocentes?

Las conversaciones entre Iván y Aliosha Karamazov a este respecto son inolvidables... y estremecedoras. "El sufrimiento inútil", como sistematizará después el filósofo italiano Luigi Pareyson: el problema del dolor que no redime, que no paga o retribuye por culpa alguna, que no hace crecer. Para un adulto el dolor puede ser "útil" en dichos sentidos o dimensiones. ¿Pero para un niño pe-

queño, para un inocente?

La cruz de Cristo parece ser la única respuesta, aunque no despeje totalmente el misterio (en esta vida): la pureza absoluta, la inocencia infinita que sufre lo indecible.

Joseph Ratzinger, tal vez el teólogo más grande de los últimos siglos, escribió en un libro cuyo título no recuerdo la siguiente frase, que me marcó profundamente: "Dios escogió el dolor para redimir al ser hu-

mano. ¿Por qué? Es un misterio".

Para los griegos, *mysterion* era una suerte de arcano inexplicable de suyo y por siempre. Para los cristianos, solo es una oscuridad temporal. Todo lo sabremos en la vida eterna (si la alcanzamos), donde "toda lágrima se enjugará" (Ap. 21, 4).

B. B. COOPER

